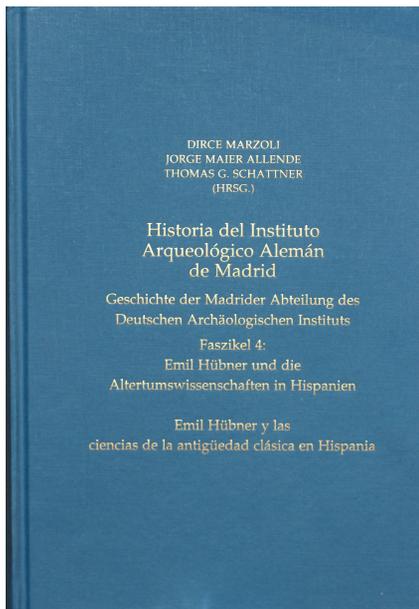


Marzoli, D.; Maier, J. y Schattner, T. (2014): *Emil Hübner y las ciencias de la antigüedad clásica en Hispania*. Historia del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid. Fascículo 4. Darmstadt: Verlag Philipp von Zabern. ISBN: 978-3-8053-4779-2

Daniel Casado Rigalt

Doctor en Historia de la Arqueología. Universidad a Distancia de Madrid ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/cmpl.95934>



El 1 de noviembre del 2023 el Instituto Arqueológico Alemán dijo adiós a la doctora Dirce Marzoli. Tras casi veinte años al frente del Instituto Arqueológico Alemán, en su sede de Madrid, Marzoli cede el testigo al doctor Paul Scheding. El traspaso de poderes fue escenificado en el Museo Arqueológico Nacional con un emotivo acto y en presencia de autoridades culturales y diplomáticas. La flamante ex-directora deja el cargo y con él un extenso legado en forma de proyectos, excavaciones, reuniones científicas y publicaciones, que han dinamizado la interacción arqueológica-cultural entre España y Alemania durante las dos últimas décadas.

Es precisamente el volumen de la serie “Iberia Archeologica”, inspirado en la figura de Emil Hübner y presentado en febrero de 2024, una de las publicaciones promovidas por la doctora Marzoli, en coedición con Thomas Schattner y Jorge Maier. Y qué mejor homenaje que equiparar el fecundo paso de la doctora Marzoli por la dirección del DAI en Madrid con la contribución del hispanista alemán más prominente del siglo XIX: Emil Hübner.

Los artículos contenidos en la monografía llevan la firma de reconocidos especialistas: A. González Blanco, J. A. Molina, M. Paz G^a Bellido, T. Schattner, S. Schröder, M. Almagro, P. Rothenhöfer, R. Corzo, S. Panzram, M. Schmidt, B. Cacciotti, M. Blech, J. M. Abascal, J. Miranda, P. Moret, A. Guerra, J. Remesal, J. Maier, F. Fernández Gómez, H. Gimeno. Más de 400 páginas en las que afloran análisis sobre la contribución de Hübner a la arqueología y epigrafía españolas del XIX a partir del cotejo epistolar, las lecturas historiográficas y la revisión documental. Los autores (lejos de caer en inercias laudatorias) reparan también algún que otro exceso en la atribución de méritos del alemán, algo que se agradece cuando lo fácil es la visión apologetica del biografado.

Una de las fortalezas de la monografía (inspirada en las actas de un encuentro científico celebrado en 2008 y publicado en 2014) es la vigencia de su contenido a pesar de que han transcurrido ya varios años. Para el lector no será difícil recrear los escenarios frecuentados por Hübner gracias a la capacidad evocadora, contextualizadora y analítica que

destilan las aportaciones de los autores. Más allá del rigor científico presupuesto para este tipo de publicaciones, se recogen anécdotas, vivencias, sensaciones y pequeños detalles que son elevados a categoría de conocimiento. Unas veces, recurriendo a la historia oral; otras, recuperando la voz de actores secundarios o subalternos desatendidos tradicionalmente por la preeminencia de las historias oficiales.

Desde las primeras páginas, se presenta a Hübner como un joven entusiasta que tuvo la suerte de formarse con reconocidos arqueólogos como August Boeck, Karl Lepsius y Ernst Curtius. Pero mostró pronto una mayor inclinación hacia la filología y la epigrafía. La aventura epigráfica de Hübner se fraguó en la década de 1850', con dos estancias en Roma, con 17 años; y Sicilia, cuando el alemán iniciaba ya la veintena. Una primera toma de contacto con museos y bibliotecas en las que asumió pronto el potencial epigráfico del sur de Europa mientras interiorizaba las bondades del trabajo en equipo y el método histórico-deductivo. Italia le sirvió de experiencia iniciática y España, ya en la década de 1860', supuso su consagración.

Con Humboldt como precedente de compatriota seducido por el hispanismo - varias décadas antes que él - Hübner puso rumbo a España en 1860. Acababa de aceptar el encargo de su maestro, Theodor Mommsen, para confeccionar el volumen del *Corpus Inscriptionum Latinarum* correspondiente a Hispania. El tomo vio la luz en 1869 pero la tarea supuso peinar la geografía española (península y Baleares) en busca de inscripciones romanas. Un reto que se tradujo en expediciones de tintes quijotescas reconstruidas hoy gracias a los informes que Hübner enviaba a Berlín de forma periódica.

A partir de aquellos viajes epigráficos (fueron tres: 1860, 1881 y 1886) desarrolló un procedimiento metódico y escrupuloso - acuñado con el término "autopsias" - con el que llegó a escrutar cientos de inscripciones latinas. Entre 1860 y 1882 no solo se entregó a la documentación epigráfica en nuestro país sino que supo integrarse en el estamento académico de la época en una España en la que el conocimiento epigráfico recaía entonces en el entusiasmo de autodidactas y diletantes que no siempre formaban parte de las cauces oficiales pero que, en general, frecuentaban las Reales Academias.

Lo que se encontró el alemán fue una España "desamortizada" años atrás con las Comisiones de Monumentos tratando de poner orden donde había caos. El patrimonio histórico-arqueológico español no atravesaba

entonces por sus mejores momentos en términos de conservación y catalogación. Por eso el espíritu de colaboración que tendió Hübner con los más destacados expertos de lo que en Alemania llamaban "ciencias de la antigüedad" allanó el camino a futuros epigrafistas y numismáticos. Jacobo Zobel de Zangróniz, Aureliano Fernández Guerra, Antonio Delgado o Manuel de Góngora son buenos ejemplos de cómo el entusiasmo, buen criterio y vocación recopiladora de unos pocos puso a buen recaudo colecciones epigráficas, evitando así su dispersión y facilitando la tarea emprendida más tarde por Hübner. El alemán alcanzó tal grado de familiaridad con la epigrafía latina en suelo hispano que avistaba inscripciones a distancia. Para la posteridad ha quedado la anécdota en la que el epigrafista germano fue capaz de identificar una inscripción desde el tren - a la altura de Collado Villalba - en presencia del arqueólogo José Ramón Mélida y varios académicos más.

En paralelo, Hübner fue testigo circunstancial de una época de profundos cambios en la consolidación de la arqueología como disciplina autónoma. Llegó a España en 1860 cuando ni siquiera había abierto sus puertas el Museo Arqueológico Nacional (fundado en Madrid en 1867). De hecho, él había concluido ya el tránsito académico del doctorado con dos tesis defendidas en Bonn (1854) y Berlín (1859), mientras nuestro país apenas llevaba cuatro promociones de profesionales formados en la "Escuela Superior de Diplomática". Dicho de otra forma, las llamadas "ciencias de la antigüedad" (epigrafía, numismática, latín, historia, etc) todavía no habían aterrizado en los planes docentes universitarios - algo que ocurriría en 1901 - y todo aquel que quisiera hacer carrera en el ámbito arqueológico, museístico o archivístico debía pasar por las aulas de la mencionada Escuela.

Lo expuesto no resiste la comparativa entre el desarrollo de las ciencias de la antigüedad en Alemania y la tardía recepción de estas disciplinas en la España de mediados del XIX. Hübner no tardó en entender que la ausencia de la universidad en su área de conocimiento (filología-epigrafía) le obligaba a labrarse una red de contactos, colaboradores e informantes que, en muchos casos, estaban integrados en las estructuras de las Comisiones Provinciales de Monumentos. El poder político (diputaciones provinciales a través de gobernadores y delegados) regía los designios de las Comisiones desde su formación en 1844. Pero en 1857 pasaron a depender de las Reales Academias. La primera que asumió este rol fue la Real Academia de

Bellas Artes de San Fernando, que en 1865 repartió las funciones con su homónima de la Historia. Por tanto, es entendible que Hübner se arrimara a los miembros de las reales academias que se encargaban de informar, denunciar, revisar o proponer cualquier asunto relacionado con el patrimonio epigráfico.

El mérito de Hübner va más allá de su aportación científica. Se presumen en él dotes empáticas, disponibilidad, accesibilidad y todas las virtudes necesarias para estrechar vínculos con el amplio rango de estamentos con los que trabó relación: políticos, académicos, miembros del clero, aristócratas, alcaldes, aparceros, agricultores, terratenientes, farmacéuticos, abogados, médicos, militares.

Hübner se ha ganado el reconocimiento de las enciclopedias por su condición de epigrafista pero tuvo el oportunismo histórico de participar indirectamente en algunos de los episodios más sonados de la arqueología decimonónica. Por ejemplo, el hallazgo de la Dama de Elche. Aunque en el momento del descubrimiento (agosto de 1897) Hübner se encontraba ya de vuelta en Berlín, su nombre aparece en el cruce epistolar de aquellos convulsos días en Elche. Pierre París, José Ramón Mélida y Pedro Ibarra intercambiaron cartas con el alemán en el preludio de uno de los desenlaces más lamentables para la

arqueología patria: la venta del busto ilícito al Louvre, por 5.000 pesetas. Que Hübner aparezca en el intercambio epistolar indica hasta qué punto había sido un referente en la arqueología nacional de la segunda mitad del XIX. Cuatro años más tarde fallecería.

Hoy, el legado de Hübner es incuestionable. Además de la evidente contribución documental, el prusiano dotó a la ciencia epigráfica española de nuevas herramientas metodológicas. Mérito suyo es haber ejercido de bisagra generacional entre los historiadores y arqueólogos españoles de sesgo erudito y enciclopedista y un nuevo perfil que se mostraba más receptivo a la vocación crítica y racionalista que había heredado de dos de sus maestros ilustrados: Mommsen y Ritschl.

Según los estándares actuales y por su condición de epigrafista, Hübner entraría en la categoría de arqueólogo de gabinete. Lo cierto es que nunca participó en excavaciones arqueológicas. Sin embargo, sí merece el reconocimiento de “epigrafista de campo” por sus innumerables jornadas indagando y escrutando inscripciones latinas por parajes, caminos, veredas, despoblados y aldeas de la España rural. Sus experiencias nacieron de sus viajes a bordo de un ferrocarril, una berlina, una diligencia, un coche de colleras o a lomos de un caballo. Hoy, generaciones de epigrafistas se lo agradecen.

Referencias

- Casado Rigalt, D. (2015) La simbiótica relación de dos arqueólogos con trayectorias divergentes y objetivos comunes en el último tercio del siglo XIX: José Ramón Mélida y Emil Hübner, *Madrid Mitteilungen*, 56: 473-493.
- Hübner, E. (1869) *Corpus Inscriptionum Latinarum. Inscriptiones Hispaniae Latinae*. Berlín
- Hübner, E. (1888) *La Arqueología de España*. Barcelona
- Hübner, E. (1898) Die Büste von Ilici. *Jdl*, 13, 114-134
- Hübner, E. (1901) *Monumenta Linguae Ibericae*. Berlín
- Hübner, E. (2008) *Las colecciones de Arte Antiguo en Madrid* (edición de Schattner, T. y Maier, J. de la obra original de 1862 *Die Antiken Bildwerke in Madrid*). Madrid: Instituto Arqueológico Alemán.
- Moreno Benito, A. (2023) Cartas de Emil Hübner conservadas en la Biblioteca Nacional de España, *Revista de Historiografía*, 38: 371-400.